

Un triángulo cubano: turismo, patrimonio, comunidad

Hernán Venegas Marcelo

Profesor. Escuela de Hotelería y Turismo Alberto Delgado Delgado. Santa Clara.

Resulta innegable, en el tránsito de siglos, advertir el crecimiento cualitativo y cuantitativo del turismo en el ámbito mundial. La emergencia de nuevos destinos y la reconversión de los ya existentes; la aparición de un cuerpo de reglamentos, convenciones y normas jurídicas; las exigentes campañas publicitarias y la consolidación de acercamientos científicos a este fenómeno social prueban esta afirmación. Si se suman las proyecciones relativas al crecimiento de los flujos turísticos inter e intrarregionales, el peso que posee en la economía la industria turística, los estudios de propensión al viaje, el empleo de nuevas tecnologías, entre otros indicadores, pocas administraciones estatales escapan a la posibilidad de incluir el desarrollo turístico como uno de los ejes priorizados en sus estrategias de desarrollo.¹

Tomando en cuenta los estimados de la Organización Mundial del Turismo (OMT), la actividad turística duplicará su volumen en los próximos veinte años, pasando de setecientos millones de viajes en el año 2000 a superar la cifra de mil quinientos sesenta millones para 2020, lo cual

indica, a las claras, las apetencias de un gran número de naciones en el mercado turístico, cada vez más competitivo, lo que a su vez sirve para cubrir y satisfacer la demanda de segmentos específicos. En estos mercados, la elección de los viajeros expresa un amplio espectro de motivaciones y tendencias: desde el interés por destinos turísticos sustentados en la protección del medio ambiente en su dimensión integral, hasta aquellos cuyo énfasis descansa en modelos de desarrollos integrados compatiblemente al espacio local. Ante esta coyuntura, varias son las respuestas; entre ellas, la incidencia de enfoques en la gestión turística orientados a partir de la excelencia.

Al mismo tiempo, la aparición de diversos acercamientos científicos, en función de la naturaleza cambiante de la industria turística, ha experimentado una interesante evolución en la contemporaneidad. Precisamente en este lapso, y en específico desde mediados del siglo xx, la práctica del turismo ha tenido un proceso evolutivo que incluye dos etapas de desarrollo —fordismo y posfordismo—, cuyos resultados, no siempre aceptados, han dado paso al cuestionamiento de los modelos aplicados.²

Turismo contemporáneo: los modelos de desarrollo fordista y posfordista

El auge y la eclosión del turismo de masas durante los años 50 y los 60 del pasado siglo respondían a un modelo de crecimiento fordista debido a la notable estandarización de los destinos turísticos a bajos precios, ignorando la diversidad de segmentos de mercado, a lo cual se oponía el carácter rígido de la oferta. La transformación mercantil del paisaje, las relaciones unidireccionales entre turistas y anfitriones, y la depauperación ambiental de los enclaves, se sitúan como características fundamentales de este periodo. Ante la panacea del desarrollo turístico, se impusieron diversos mitos, deconstruidos muy prontamente: el turismo «es generador de empleo y riqueza», «es vía de comunicación cultural», «es el camino más positivo para conservar las bellezas del mundo» y «produce cambios sociales positivos». Esta ideología del turismo, de moda en la década de los 60, la impulsaron la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) y el Banco Mundial (BM), que ayudaron a potenciar el turismo en un considerable número de países en desarrollo, sin tomar en cuenta estudios previos. Tanto es así, que Naciones Unidas declaró a 1967 como el «Año Internacional del Turismo»; al parecer, la suerte estaba echada. Como respuesta a la reproducción de modelos de crecimiento puestos en boga por agencias de viajes y turoperadores, y debido al papel acéfalo de las administraciones nacionales y regionales, aparecieron investigaciones de profundo cuestionamiento crítico.

Alrededor del primer mito se sostuvo que si bien el turismo se había convertido en una fuente de empleos, no se correspondía, sobre todo en las Antillas, con el nivel profesional de la fuerza de trabajo destinada a ocupar los puestos. Ello provocó que hubiera que instruir a los ciudadanos con el propósito de garantizar una atención medianamente aceptable a la «horda dorada» —un apelativo de los antropólogos para referirse al turismo de masas. Hubo que acudir a la organización de campañas a fin de preparar a la población para atender a los turistas. Al propio tiempo, la irrupción del turismo hacía tabla rasa de sectores tradicionales de producción como la agricultura, dejaba a la población autóctona desprovista de una segura fuente laboral y la convertía en vendedora exclusiva de su fuerza de trabajo, como ocurrió en la isla de Montserrat, en el Caribe oriental, y en algunos lugares de México, por solo citar dos ejemplos. Estas consideraciones son suficientes para poner en crisis la afirmación de que el turismo y la distribución de la riqueza generada en las sociedades locales eran directamente proporcionales.

En cuanto a la consideración del turismo como una vía de comunicación cultural, la crítica no cuestionó las relaciones que pueden establecer estas dos entidades en favor del desarrollo de los pueblos, sino las limitaciones y deficiencias de las zonas turísticas para asumir un turismo cultural. Se ponía en tela de juicio la deformación y la banalización de las diversas formas culturales en los países de destino, lo que implica un reduccionismo fetichista para nada relacionado con la autenticidad cultural. Los ejemplos pululan. Citemos el caso de la celebración ex profeso de las danzas rituales indígenas en las reservaciones de los Estados Unidos, con el único fin de agradar a los turistas, o el de Túnez, donde las ceremonias nupciales tradicionales llegaron a organizarse por encargo debido a su aceptación por los visitantes. Estos ejemplos hablan, por sí solos, del cuestionamiento de la ideología del turismo impuesta durante el período fordista.

Ante el papel desempeñado por el turismo «como vía positiva para conservar las bellezas del mundo», baste acudir a un ejemplo recogido por la literatura turística, proveniente de una oración pronunciada por la Iglesia ortodoxa griega en los años 70:

Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de las ciudades, las islas y los pueblos de esta patria ortodoxa, así como de los santos monasterios que están siendo azotados por la ola turística mundial. Concédenos la gracia de una solución a este dramático problema y protege a nuestros hermanos sometidos a una dura prueba por el espíritu modernista de estos invasores occidentales contemporáneos.³

Una imploración que justifica la influencia del turismo en el ambiente, sobre todo si se considera que se pronuncia en un país como Grecia, donde se concentran milenios de cultura.

¿Era el turismo, durante la etapa fordista, generador de cambios sociales positivos, como se divulgó a través de este mito? En sus expresiones turísticas, el continente africano da prueba de lo distante de la realidad que se encuentra la aspiración de concebirlo como un instrumento para resolver problemas sociales ancestrales. El propósito de convertir a un país como Gambia en poblados vacacionales al estilo del hábitat de Tarzán, con el consecuente olvido de las realidades subsaharianas, y el incremento de la prostitución en países como Tailandia —con más de doscientas mil prostitutas en su capital hacia mediados de los años 80— resultan suficientes para demostrar que, más que solucionar problemas sociales, el turismo empobreció las realidades de las naciones subdesarrolladas.

El principal objetivo del turismo fordista ha sido el crecimiento ilimitado del número de visitantes. Esta tendencia fue la principal responsable en la degradación del medio ambiente en varios destinos, lo que tuvo como contrapartida la sensibilidad hacia los problemas

ambientales y los valores ecológicos, promovidos por la sociedad desde mediados de los años 80. A su vez, giró en torno a una oferta homogeneizada, sustentada en limitados recursos naturales, y dio entrada a fenómenos como el denominado «monocultivo turístico» y a la fragilidad del destino en futuras coyunturas de cambio. Desde el punto de vista tecnológico, son de destacar en este período los bajos niveles de profesionalización y la escasa presencia de las investigaciones en materia de turismo, lo cual no se corresponde con el ritmo de crecimiento de esa industria. En fin, el modelo turístico del fordismo, hegemónico desde los años 50, ofrecía síntomas de crisis hacia mediados de los 80 y dio paso a un cambio: el posfordismo. La crítica que generó el fordismo, desde su propio desarrollo, muestra sus desequilibrios e inconsecuencias.

Se afirma que en el ámbito mundial, desde los años 80, el turismo ha experimentado un marcado cambio en sus estructuras tradicionales y cedido paso a una nueva organización que, lejos de imponerse de forma abrupta, va penetrando y transformando la etapa fordista. No se trata solo de una fase que aparece a continuación, sino que se genera como una transformación de lo viejo en el tiempo y en el espacio, y se manifiesta en la reconversión de destinos turísticos tradicionales, la aparición de complejos hiperreales —ya no la reproducción convencional del espacio, como en el fordismo—, la consolidación del turismo sostenible, la pervivencia de formas turísticas fordistas en espacios periféricos y la puesta en valor del patrimonio cultural.

La literatura académica sobre el turismo ha coincidido en reconocer cinco características principales al definir el posfordismo: la crisis de la estandarización, su irrupción en nuevas esferas sociales, la redefinición de la autenticidad, la renovación tecnológica y la universalización de la mirada turística. La primera es, sin duda alguna, el rasgo fundamental de esta etapa, y se manifiesta en la sustitución de productos turísticos ya tradicionales por otros, dirigidos ahora, fundamentalmente, a responder a las motivaciones de nuevos segmentos del mercado. Se deja a un lado la producción en cadena, prevaleciente en el fordismo, y se aboga por el rescate de la imagen romántica del viaje, lo cual refleja un rechazo a la homogenización del turismo masivo, prevaleciente en la etapa anterior.

La irrupción del turismo en nuevas esferas sociales se expresa en su vinculación con diferentes actividades sociales, lúdicas y recreativas. A esto se ha dado en llamar la «ampliación de las fronteras». Si en la etapa fordista el turismo estaba limitado a prácticas estandarizadas, ahora se diversifica incorporando grandes citas deportivas, actividades culturales y otras.

Nadie pone en duda, por ejemplo, la significación turística que tuvo para Cataluña la celebración de los Juegos Olímpicos en 1992, una buena prueba de los argumentos sobre la ampliación de las fronteras y la participación del turismo en esferas aparentemente ajenas a su radio de acción. Esto se demuestra en la revalorización del patrimonio y la creación de espacios de ocio alrededor de un elemento cultural.

En lo relativo a la «redefinición de la autenticidad», la práctica del turismo hacia fines del siglo xx e inicios del XXI parece haber trascendido la tensión cultural entre anfitriones y huéspedes, caracterizada en el modelo de la autenticidad teatral del fordismo, propuesto por McCannell.⁴ Este sugería la categoría de «autenticidad teatral» para definir el resultado de un choque de intenciones ante la intromisión de la mirada turística en el destino, y la voluntad de preservar un espacio de relaciones por parte de la población local. Como consecuencia de estas intenciones, excluyentes entre sí, en el fordismo se produjo una banalización de la cultura local.

Durante esa etapa, los vínculos entre anfitriones y turistas tomaron dos caminos contrapuestos: por un lado, la celebración de la inautenticidad y, por otro, la reivindicación de la identidad local. Entornos artificiales como Las Vegas o Disneylandia constituyen una muestra del primer camino tomado por el fordismo. Esas instalaciones tienen un carácter inauténtico, al ser creadas de manera deliberada como escenarios que superaban la realidad existente hasta entonces. Según esta intención, se han podido recrear espacios hiperreales simulando escalas originales de otras geografías, y hasta de períodos históricos. En su variante posfordista, la práctica del turismo contemporáneo se asocia con la especificidad de los destinos turísticos y la identidad del espacio de acogida, características relacionadas con el interés del posmodernismo en la identidad local y su vinculación con el pasado; lo cual, a su vez, se conjuga con el énfasis en los planos regional y local de los teóricos de la actual globalización neoliberal. Estos problemas explican el incremento de las motivaciones culturales de los viajeros a la hora de elegir los destinos turísticos.

Hoy día, las empresas turísticas incorporan la actual revolución tecnológica y los avances de la gestión informática digitalizando la mayoría de los procesos; entre ellos el denominado e-marketing, las agencias de viajes on-line, con centrales de reservaciones en Internet, y el acceso a los destinos turísticos más recónditos del planeta. De hecho, la innovación tecnológica adquiere una importancia predominante en el proceso de sustitución de los paquetes turísticos tradicionales por nuevos productos sensibles al mercado. Como consecuencia, la calidad del producto turístico se hace

más dinámica, cualificada y científica ante las nuevas necesidades, trascendiendo así la limitada oferta característica del fordismo. La realidad del mundo globalizado impone esta nueva perspectiva, propiciada por los aludidos avances en el mundo de la informática y las comunicaciones. Una última característica distinguida por la literatura, está relacionada con la universalización de la mirada turística. En el posfordismo, esta se traduce en la globalización del consumo de espacios turísticos, una postura diametralmente opuesta a la de la etapa anterior, que concentraba la oferta en espacios reducidos.

Relaciones turismo-patrimonio cultural: la dimensión cubana

¿Cómo se inserta Cuba en este panorama? ¿Cuáles son las características de su modelo de desarrollo turístico? No se trata de rendir culto a teorías elaboradas y probadas en contextos aparentemente distantes al nacional, sino de situarnos dentro de la lógica del comportamiento de las sociedades posmodernas, de donde proviene el grueso de nuestros mercados emisores.

El modelo de desarrollo turístico cubano podría ubicarse en la transición fordista-posfordista, con características singulares que lo diferencian de las prácticas turísticas periféricas del Tercer mundo. La reconversión del turismo en Cuba, a partir de los años 90, ha tomado en cuenta la experiencia de destinos tradicionales, los cuales tuvieron que diversificar la oferta ante los cambios del mercado. En consecuencia, se han potenciado productos turísticos alternativos al clásico de sol y playa, a partir de las nuevas tecnologías; se ha incrementado una tendencia de las administraciones a desempeñar el papel de actores en el desarrollo turístico; se han consolidado formas del turismo sostenible; y se ha puesto un marcado énfasis en el valor turístico del patrimonio cultural. Toda esta transformación halla su repercusión en un proceso de desarrollo activo, dirigido a formar y capacitar la fuerza laboral. Aun en los casos en que se reproduzcan precedentes del turismo fordista estandarizado —como el de sol y playa, el más canónico—, se trabaja por completar el producto turístico mediante formas alternativas: por ejemplo, turismo de incentivos y congresos, náutico, cultural, de naturaleza, etc. Se manifiesta así el fomento de productos singulares, en oposición a la oferta estandarizada convencional. Esas alternativas persiguen un elevado nivel de competitividad en el mercado turístico. Además, la clara diferencia entre nuestros destinos, para el llamado turismo de las tres «s» (arena,

sol y mar, por sus siglas en inglés) y los ya tradicionales como Cancún, Acapulco, Benidorm, etc., estriba en que se hallan en un último estadio del ciclo de vida del producto turístico.⁵

Participe del «exotismo» caribeño como región turística, pero poseedora de un sello distintivo, sobre todo de índole cultural, Cuba ha sido incorporada a los circuitos turísticos internacionales. Su potencial cultural es lo que más atención concentra en la práctica del turismo. Aunque la idea de vincular de una manera acabada y armónica el turismo con la cultura, más que una realidad, es todavía un propósito, se cuenta con una experiencia que ya viene dando frutos.

En la actualidad, ningún estudioso o académico puede soslayar que la preservación del patrimonio cultural suscita cada vez mayores preocupaciones, sobre todo a partir de las repercusiones del modelo económico de globalización neoliberal en muchos Estados. La masificación que produjo el fordismo, desde mediados del siglo pasado, ha hecho añadir una nueva perspectiva de análisis al tema de la conservación del patrimonio cultural: la naturaleza de su interacción con el turismo. Su amplio espectro ha sido objeto de análisis en numerosos foros nacionales e internacionales. Los acuerdos y documentos aprobados muestran el nivel de profundidad alcanzado en los debates, la preocupación y la toma de conciencia de los agentes relacionados con la práctica del turismo. De igual forma, se impone buscar un proyecto sostenible del desarrollo turístico en sus vínculos con la herencia cultural de los pueblos.

Dentro de las particularidades del modelo de desarrollo turístico cubano, las relaciones entre este y el patrimonio cultural se basan en la oportunidad de presentar el pasado en el presente mediante un sinnúmero de posibilidades de interpretación. Hoy, los turistas emplean la fuerza de su intelecto e imaginación para recibir y comunicar mensajes, construyendo su propia experiencia, en cuanto al sentido de la historia y cultura de los pueblos. Estas posibilidades bien pueden aprovecharse, por las polisémicas prácticas del turismo cultural, que crecería en la medida en que se valore y se profundice el estudio y la explotación del patrimonio cultural en todas sus direcciones. Su aprovechamiento no solo está en aquellos destinos de un gran acervo cultural, sino también en otros lugares que constituyen periferias de otros destinos, sobre todo de los de sol y playa, donde se concentra, mayoritariamente, la demanda turística.

Ahora bien, ¿dónde están los estudios que, desde las ciencias sociales y humanísticas, analicen científicamente los vínculos entre turismo y patrimonio cultural en el contexto del desarrollo turístico cubano? ¿Cuál es su grado de evolución y madurez? ¿Cuáles

Las consecuencias de un modelo de desarrollo turístico que no tome en cuenta la dimensión cultural del patrimonio y su adecuada puesta en valor turístico, pueden ser catastróficas. Convertirían a comunidades y pueblos tradicionales, de un importante peso en las tradiciones orales, en un espacio monocultivado desde el punto de vista turístico, como lo demuestra la experiencia española.

podrían tomarse como modelos? Existe un desbalance en los estudios sobre el desarrollo turístico cubano. Por una parte, puede advertirse la proliferación de investigaciones centradas en la economía, la contabilidad, el marketing y la administración; por otra, los estudios científicos provenientes de ciencias como la sociología, la antropología, la psicología y la historia —igualmente importantes para lograr una visión holística de la naturaleza del turismo en Cuba— tienen aún una presencia insuficiente entre nosotros.

Desde el punto de vista académico, gozamos de una coyuntura ventajosa en los estudios sobre el turismo debido a la evolución y el grado de madurez que han alcanzado en el contexto internacional. En los años 60 primó una conceptualización optimista, que clasificaba el turismo en términos de sus partes funcionales, sin armonización, tomándolo como industria, con un fuerte sentido de lo económico, lo que iba de la mano con la ideología turística prevaleciente en esa década. En la siguiente, se instauró una conceptualización pesimista, que consideraba la práctica del turismo como un modelo cerrado y lo equiparaba a las formas históricas de colonialismo y dependencia, perpetuando las desigualdades existentes entre las comunidades de destino o anfitrionas y los países emisores —siempre provenientes del Primer mundo. Los años 80 respondieron a una plataforma de adaptación, ya que los estudios de esta etapa se nutrían de teorizaciones anteriores y buscaban alternativas de desarrollo turístico basadas en las necesidades y entornos de los anfitriones. Ya desde finales de esa década e inicios de los 90 nos hallamos, teóricamente, en una plataforma de conocimiento que concibe al turismo como una multidisciplinaria social, y aún de forma gradual perspectivas, teorías y técnicas de investigación provenientes de diversas ciencias. Estas, sin dudas, ayudan a la definición conceptual del turismo.⁶

En relación con los vínculos entre turismo y patrimonio cultural, desde finales de los años 80 y hasta la actualidad, los estudios que atienden esta problemática se dividen en dos importantes tendencias. Un grupo de autores como Hall y McArthur, Heeley y Fowler se

concentran en el poder de la tradición, su estabilidad y continuidad en áreas donde el desarrollo turístico ha producido cambios y contradicciones; otros cambian sus miras y examinan los problemas estructurales presentes entre la producción cultural y el consumo turístico (Cohen, Urry, Watson y Kopachevsky).⁷ Los estudios científicos cubanos relacionados con la práctica del turismo tienen como antecedentes los citados anteriormente, y esto es de vital importancia porque muestran un trayecto recorrido desde los años 60 del siglo xx hasta la actualidad.

Con el propósito de constituir un cuerpo teórico-conceptual sobre las relaciones entre turismo y patrimonio cultural, existen importantes revistas e investigaciones devenidas clásicas de la literatura turística. Constituyen un punto de referencia obligado los resultados científicos de investigaciones, en revistas que han logrado nuclear escuelas, como la pionera *Annals of Tourism Research*, editada en Oxford por Jafar Jafari. Otras igualmente importantes son *Estudios y Perspectivas en Turismo*, *Papiers de Turismo*, *Estudios Turísticos*, *Tourism Management*, *Pasos*, así como relevantes artículos publicados en revistas como *Ería*, *PH* y *Axius de Sociología*, entre otras. Desde el punto de vista clásico, en la literatura turística resultan de imprescindible consulta varias compilaciones: las dirigidas por Valene Smith, Jurdao Arrones, Inmanuel De Kadt, Jeremy Boissevain, Mathieson y Wall, Turner y Ash. De igual forma, se pueden hallar sólidos textos de investigadores como Agustín Santana, Philip Pearce, y John Urry, por solo mencionar algunos de los más importantes.⁸ Los citados autores y revistas constituyen un marco de referencia obligado para el estudio del turismo y sus relaciones con el patrimonio cultural para el caso cubano.

Aun cuando en Cuba el estado de los estudios científicos del turismo, desde las ciencias sociales y humanísticas, se encuentra en una etapa inicial, se pueden perfilar trabajos prometedores como los del profesor e investigador Pedro Torres Moré, quien desde la Escuela de Altos Estudios de Hotelería y Turismo ha llamado constantemente la atención sobre la urgencia

de emprender investigaciones desde la sociología, la antropología, la historia y la psicología. Otros profesores e investigadores —dentro del sistema FORMATUR y pertenecientes a la Escuela de Hotelería y Turismo de Trinidad— han emprendido algunas investigaciones desde el punto de vista de la gestión turística y la pedagogía sobre las relaciones turismo-patrimonio cultural. Este claustro docente ha tomado como área de estudio el centro histórico de Trinidad. También están los centros de estudios turísticos de distintas universidades —la Central de Las Villas y la de La Habana, entre otras—, que coinciden en la necesidad de resultados científicos sobre las relaciones patrimonio cultural-turismo. Un momento importante lo constituyó la celebración del XII Congreso Internacional de la Confederación Panamericana de Escuelas de Hotelería, Gastronomía y Turismo (CONPEHT), que sesionó en La Habana en el año 2002. El evento tuvo como tema central «Turismo, patrimonio cultural y educación turística» y propició el intercambio cultural y académico entre la comunidad científica cubana y la de otras latitudes. Fue un espacio idóneo para medir el desarrollo de las investigaciones en el área aludida. Tomándolo como referencia, se fomentaron, diversificaron y maduraron los estudios interdisciplinarios turismo-cultura.

Por otra parte, la puesta en valor turístico ha sido un elemento de análisis y debate, tanto de las autoridades competentes de la política turística, como entre los científicos y los académicos del turismo en Cuba. Ya analizábamos algunos de los mitos relacionados con el desarrollo turístico fordista, y en especial la preservación del patrimonio cultural a través del turismo, cuya falsedad es objeto de reflexión en investigaciones recientes, que hacen énfasis en la pérdida de la identidad cultural de las comunidades anfitrionas ante la actividad turística por la inserción de nuevas y extrañas estructuras en los idiomas o dialectos locales. En lo relativo al denominado patrimonio tangible, son alarmantes los peligros a que se someten diversos tipos y estilos de edificaciones ante la presencia de flujos turísticos indebidamente gestionados. Las consecuencias de un modelo de desarrollo turístico que no tome en cuenta la dimensión cultural del patrimonio y su adecuada puesta en valor turístico, pueden ser catastróficas. Convertirían a comunidades y pueblos tradicionales, de un importante peso en las tradiciones orales, en un espacio monocultivado desde el punto de vista turístico, como lo demuestra la experiencia española.

En oposición, hay que destacar el énfasis del Estado cubano, desde mediados del siglo pasado, en la preservación del patrimonio cultural en sus vertientes tangible e intangible. Cuba está todavía lejos de haber llegado al punto más alto en esta dirección, pero cada

vez más la política cultural de la Revolución se vincula con el turismo, tratando con ello de comercializar un producto de cualidades culturales. Por su parte, la práctica del turismo, en sus relaciones con el patrimonio cultural, ha constituido una realidad compleja a la que se han enfrentado gestores turísticos y culturales. El desafío mayor estriba, a nuestro juicio, en el know-how que la práctica del turismo impone al sector de la cultura. Este conocimiento precisa de un estudio profundo y científico de aquellos destinos turísticos con un codicioso inventario de recursos culturales. En estos últimos, se debe otorgar un papel fundamental a la cuidadosa estructuración de la oferta turístico-cultural, como base elemental del producto turístico. No obstante, estas condiciones no son suficientes. Se presentan mayores retos y problemáticas en el marco de las relaciones turismo-patrimonio cultural, objeto de estudio de gestores turísticos y culturales, expertos en política turística y organizaciones internacionales vinculadas con el sector.

En esta dirección se pronuncia el profesor e investigador cubano Pedro Torres Moré cuando sostiene que la puesta en valor turístico del patrimonio cultural lleva consigo problemas que deben evitarse: el riesgo de disneylandizar el patrimonio vernáculo; es decir, convertir espacios en entornos artificiales de uso turístico y con reproducciones de elementos culturales ajenos a la identidad de los lugares de acogida. Familiarizado con las concepciones de MacCannell y Eric Cohen, y con sus aportaciones a la denominada *staged authenticity* (autenticidad recreada), Torres Moré baraja una serie de alternativas que pueden hacer más efectiva la puesta en valor turístico del patrimonio cultural; entre ellas, incluir en el planeamiento estratégico del destino un constante monitoreo de las acciones, un basamento sólido en la gestión y comercialización para encaminar las acciones hacia un segmento de mercado relacionado con el perfil socio-psicológico del turista cultural y la inclusión efectiva de las comunidades receptoras en el desarrollo turístico.⁹ Estado de alarma y redacción profiláctica de Torres Moré, quien propone soluciones a los problemas presentados a ambos lados del Océano Atlántico en la planeación estratégica, la gestión y comercialización turísticas.

No está distantes de los puntos de vista del experto venezolano Alfredo Ascanio, quien continúa el análisis partiendo de una serie de mitos que perjudican al turismo y nos hacen recordar, en cierta medida, lo estudiado por Jurdao Arrones.¹⁰ Sin centrarse exclusivamente en la relación gestión turística y puesta en valor del patrimonio cultural, Ascanio considera que los impactos generados por el desarrollo turístico no han sido investigados de manera integral y precisa que se debe buscar la interdisciplinariedad entre las ciencias

que estudian el turismo, condición vital para el éxito de la empresa turística. También sostiene que no solo la promoción es importante. Es preciso ir hacia el sentido amplio de la mercadotecnia y partir de una evaluación del entorno en su totalidad. A su entender, se trata de delimitar los principales problemas del mercado turístico con una visión holística. Igualmente, se cuestiona otro importante tema: el de la sostenibilidad a la hora de la puesta en valor del patrimonio cultural. A su modo de ver, los grandes negocios turísticos no insertan en sus políticas enfoques multidisciplinarios al tratar el tema. Los estudios relacionados con la perspectiva citada —la sostenible— no van más allá de enfoques reduccionistas desde el punto de vista operativo, y las comunidades anfitrionas quedan relegadas a un segundo plano en lo referido a las decisiones que afectan el espacio de uso turístico. Finalmente, concluye que con el crecimiento del sector turístico no llegó el desarrollo equilibrado y, menos aún, la evolución y el progreso para las comunidades receptoras.¹¹ Ha aparecido aquí el paradigma de la sostenibilidad, tan necesario para la industria turística y también aplicable al patrimonio cultural, si tomamos en cuenta el necesario estado de conservación y preservación de la herencia cultural de las comunidades anfitrionas. Ascanio centra su foco —con una amplia perspectiva de análisis— no únicamente en el papel de la gestión turística; va más allá, hacia la interdisciplinariedad necesaria para la investigación de los impactos del desarrollo turístico. Otro factor de peso fundamental, para el experto venezolano, es el papel de las comunidades anfitrionas en el desarrollo turístico.

Partiendo de un «proyecto de uso turístico del patrimonio cultural», otra perspectiva del análisis en la concepción de la puesta en valor turístico la brinda el antropólogo canario Agustín Santana Talavera. Al considerar que el patrimonio cultural es una construcción sociocultural, este autor delimita una serie de pasos para implementar el citado proyecto.

El primer paso es conformar una amplia documentación bibliográfica y oral del patrimonio. Es importante su descripción y localización para constatar después el estado de conservación y puesta en uso, lo que precisa la vinculación con las empresas interesadas. Seguidamente, el autor sostiene la importancia de los «añadidos a la potencialidad turística»; es decir, la creación de una infraestructura para poder lanzar al mercado el producto turístico-cultural elaborado, siempre teniendo en cuenta los públicos a los que va dirigido. Los dos últimos pasos que enumera se relacionan con el presupuesto y la previsión de impactos, considerados, al igual que el primer paso, imprescindibles, al contrario de la práctica turística tradicional que no les otorga un papel fundamental. Es importante subrayar el énfasis

puesto en el profundo estudio del patrimonio cultural, vital para la puesta en valor turístico.¹²

Aunque no se encuentra enunciado de forma explícita por Santana Talavera, este considera que el patrimonio cultural posee otros valores y no únicamente el turístico, una concepción necesaria, incomprendida por los empresarios turísticos, quienes concentran sus miradas en las potencialidades turísticas de los recursos culturales más significativos de un destino y reducen así sus valores. Esta errónea tendencia tiene su contraparte en la labor de los gestores culturales a la hora de valorar los vínculos entre turismo y patrimonio cultural. Un ejemplo de estas posiciones es la propuesta del gestor cultural Eugeni Osácar.

Con plena conciencia de los valores del patrimonio como construcción sociocultural, y proyectando su uso turístico desde una perspectiva sostenible, este autor catalán enumera una serie de pasos para desarrollar el patrimonio cultural en la actividad turística. El primero es la importancia del lugar seleccionado, valorando su potencial y singularidad para su posterior explotación y puesta en uso. Este emplazamiento debe hacerse merecedor de una exclusividad por la distinción y posicionamiento únicos en el mercado, la calidad del producto, la autenticidad de la atracción y la fuerte identidad local. Otra de las características que se deben considerar es el papel del gestor turístico y/o cultural en el agrupamiento de los recursos culturales ante el carácter disperso del patrimonio, buscando y encontrando alternativas turísticas como la creación de rutas o itinerarios temáticos. Para lograr seducir y convencer a los turistas potenciales a hacer uso del producto turístico-cultural ofertado, es necesario —según Osácar—, crear una marca turística a partir de la imagen del producto. El acceso y la estacionalidad constituyen otras dos cartas de triunfo a la hora de concebir una oferta turístico-cultural. El autor lo argumenta con el papel que desempeñan el tiempo y la distancia a la hora de acceder a los productos turísticos culturales. Por otro lado, el turismo que se basa en motivaciones culturales no sufre tanto de la acusada estacionalidad de los destinos turísticos tradicionales. La oferta cultural puede constituir una oportunidad para minimizar y gestionar, de una manera sostenible, las fluctuaciones en los flujos turísticos.

Otros pasos claves, escribe, son la asociación, la planificación estratégica, la accesibilidad y la sostenibilidad. La primera consiste en la iniciativa de uno o varios actores sociales para la puesta en valor turístico de un recurso cultural; la planificación estratégica debe hacer énfasis en la conjunción de intereses del destino, incluyendo a la población local; la presentación de forma comprensible y atractiva a los turistas potenciales, entendida como la accesibilidad, es

fundamental para el éxito del producto turístico cultural; la sostenibilidad constituye otro de los aspectos contemplados por el autor, tomando en cuenta la inexistencia un proyecto o paradigma de desarrollo que no pase por la imprescindible condición del desarrollo sostenible, lo cual se hace extensivo al patrimonio cultural en toda su magnitud. Los aspectos que Osácar considera —sin ser rígidos ni constituir una camisa de fuerza— son de vital importancia para desarrollar el patrimonio cultural en la actividad turística.¹³

Para el análisis de la puesta en valor turístico del patrimonio cultural se hace recomendable atender los planteamientos teóricos de la «Carta Internacional sobre Turismo Cultural. La Gestión del Turismo en Sitios con Patrimonio Significativo», de 1999, documento aprobado después de la celebración, en México, de la XII Asamblea General del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios Históricos (ICOMOS). De una u otra manera, su contenido incluye aspectos tomados en cuenta por los autores antes citados. Además, sus supuestos teóricos expresan la proyección de un organismo internacional. El documento constituye una revisión de las relaciones entre turismo y cultura a la luz de los tiempos actuales, partiendo de la responsabilidad que deben poseer los pueblos en la comprensión y conservación de los valores universales del patrimonio.¹⁴ Las declaraciones allí contenidas comprometen al Consejo con una gestión responsable acerca del patrimonio, en unión con otras organizaciones internacionales y la industria del turismo. Su segundo principio valora el carácter dinámico de las relaciones turismo-patrimonio cultural. En este sentido, el dinamismo impone a los proyectos turísticos elaborados la necesidad de responder a las necesidades y expectativas de los visitantes, al tiempo que minimiza los impactos adversos sobre el patrimonio. De igual forma, esos proyectos deben tener en cuenta la protección y conservación a largo plazo de las culturas vivas, su integridad física y ecológica, así como su contexto ambiental. Estos son los desafíos a que debe enfrentarse el turismo desde una perspectiva del patrimonio cultural, como nos alerta el texto aludido. Otro principio que señala la «Carta...» es la clara comprensión que deben sustentar los proyectos turísticos en cuanto a los aspectos específicos y significativos del patrimonio en cada sitio particular. Los proyectos e infraestructuras para el desarrollo turístico deben considerar la dimensión social, estética y cultural, los paisajes naturales y culturales, las características de su biodiversidad, así como los amplios contextos visuales a la hora de crear la infraestructura turística. También reconoce que las relaciones entre turismo y patrimonio cultural suponen una coyuntura

de cambio inevitable, la cual debe asumirse desde el punto de vista del desarrollo sostenible.¹⁵

Ciudades históricas y su vinculación con la práctica turística

Espacios vivos de naturaleza singular o tipos específicos de medioambiente urbano, las ciudades históricas adquieren un papel protagónico en los escenarios turísticos actuales en países de diversas latitudes. Estas integran el patrimonio cultural de los pueblos y muestran el resultado de la práctica histórico-social del hombre. Las ciudades concentran en sus centros históricos «los edificios de mayor monumentalidad y simbolismo; se plasman espacialmente distintas formaciones culturales, aglutinando diferentes funciones y desarrollando aspectos claves de la vida social ciudadana».¹⁶ Desde luego, varios factores hacen tomar al turismo como base económica de las ciudades históricas: el declive de un largo período de actividades manufactureras, industriales y de economía de servicios, la necesidad de crear o generar una nueva actividad económica o enfrentar un alto desempleo, la percepción del turismo como una industria en crecimiento y la esperanza de que su desarrollo regenere y revitalice los centros urbanos.

A partir de los años 90, la práctica del turismo cultural en las ciudades históricas ha experimentado un importante incremento, no solo en cantidad sino también en diversidad de visitantes. Después de tanto tiempo eclipsadas por destinos de sol y playa, parece que asistimos a su redescubrimiento turístico por parte de agentes públicos y privados, quienes se han percatado de sus potencialidades culturales. Los actores sociales implicados en la gestión turística deben estar conscientes de que convertirlas en un mero producto turístico, aun cuando ello sea muy importante en la economía de la ciudad, implica asumir grandes riesgos: el desbordamiento de su capacidad de carga, la desaparición de la vida urbana equilibrada, el deterioro de las condiciones ambientales e incluso la destrucción o la pérdida del patrimonio arquitectónico y cultural.

Gran parte de los problemas de las ciudades históricas se originan por la actividad turística. Un planteamiento erróneo impide alcanzar un modelo de desarrollo turístico sostenible. Varios investigadores del Centro de Estudios Económicos de la Universidad de Venecia han aportado interesantes concepciones. Para ellos, las estrategias de gestión en relación con las ciudades históricas deben concentrarse en el control y la gestión de los flujos de visitantes. Los casos de Brujas, Salzburgo, Venecia y Florencia son ya graves debido a los impactos adversos que supone el desarrollo turístico.

Los aportes de estos autores sirven para abordar con carácter previsor el caso de las ciudades históricas cubanas, las que suman a sus valores culturales el protagonismo que han adquirido al incluirse en subregiones turísticas de destacada importancia para la práctica del turismo de sol y playa.¹⁷

Otro interesante punto de vista lo aporta el investigador Paolo Russo, al proponer lo que ha denominado «círculo vicioso del desarrollo turístico en ciudades patrimoniales». En este esquema, se delimitan cuatro fases: A, B, C y D, y se advierte una sucesión de causas relacionadas entre sí. En el tránsito de A hacia B, el desarrollo turístico se caracteriza por un elevado número de excursionistas y cortas visitas; en una segunda etapa (B hacia C) solo se visitan las atracciones centrales y se acusa un incremento de la congestión en áreas histórico-urbanas. Russo destaca dos características entre las fases C y D: un pobre retorno a la infraestructura cultural de la ciudad patrimonial y un deterioro en el grado de calidad de los productos ofertados. En una última etapa, que va de D a A, el resultado de la expansión del turismo incrementa las divergencias entre el área de costos y la de beneficios en las ciudades patrimoniales. Cada destino posee su singularidad en el trayecto del denominado círculo vicioso; diseñando una serie de intervenciones en los puntos críticos del esquema para cada destino, junto a una efectiva estrategia, se pueden atenuar los efectos del desarrollo turístico en las ciudades históricas.¹⁸

Respecto a las consecuencias del desarrollo turístico para el patrimonio cultural de las ciudades históricas, no todo el panorama es sombrío. Existen otras alternativas que toman como referencia el patrimonio cultural, entendido como un recurso de incuestionable valor. Por ejemplo, la oferta turística tradicional de las ciudades históricas no se agota con el patrimonio arquitectónico y urbanístico; se ofrece una amplia gama de posibilidades en relación con fiestas, eventos religiosos, exposiciones temporales, ciclos de conferencias, representaciones teatrales y una variada programación cultural. El legado patrimonial es su valor por excelencia; la cultura constituye su recurso endógeno máspreciado dentro de las alternativas viables al desarrollo, entre ellas, el turístico.

Sin pretender agotar el análisis sobre las problemáticas que atañen a las ciudades históricas en sus vínculos con el turismo, se han presentado aspectos importantes que unen los vértices del triángulo enunciado en el título de este artículo. No obstante, quisiéramos situarnos en el caso de estudio Trinidad de Cuba, porque constituye un laboratorio de análisis cuyos resultados se pueden extender a otras ciudades históricas del patio. La singularidad del caso posee sus antecedentes históricos en la etapa correspondiente a los años 40 y

los 50 del siglo pasado. De sus hijos partieron esfuerzos encaminados a convertir la otrora villa colonial en un «centro de atracción turística nacional en el Caribe», con interesantes ideas en su concepción que sorprenden a los actuales estudiosos del turismo. La labor del Comité Local del Turismo (1939) y de la Asociación Pro-Trinidad (1942), así lo prueba. Las potencialidades culturales de Trinidad, tanto como la práctica del turismo en ella, fueron realidades asumidas no solo en las concepciones de los representantes de la citada institución cívica. Importantes rotativos del período republicano muestran similar intención. Entre estos últimos, el Diario de la Marina, en cuyas páginas se publicó una carta escrita por el hacendado y político José Manuel Cortina en fecha tan temprana como 1938. Escribía:

Trinidad es una especie de Toledo colonial, que debe ser reparada de acuerdo con planos que se hagan cuidadosamente, siguiendo perfectamente la historia y la arquitectura primitiva de esa ciudad. Allí queda mucho y una mano cuidadosa puede restaurarlo todo. Esto marcaría una pauta para hacerlo también en algunos rincones magníficos de Camagüey, Santiago de Cuba, Baracoa, la propia Matanzas, Sancti Spiritus, etc. [...] con objeto de hacer de Trinidad un positivo foco de atracción turística y de educación histórica.¹⁹

Sin lugar a dudas, estos fragmentos expresan la importancia que merecían los atributos seculares de la otrora villa, a la hora de elegir al turismo como la solución a los infortunios que impuso la historia en el siglo XIX.

Estos antecedentes en las concepciones sobre el desarrollo turístico y sus relaciones con el patrimonio cultural sorprenden por su actualidad y trascendencia, sobre todo a partir de la reestructuración económica de los años 90. El hecho de asumir el turismo internacional como un sector clave en la redefinición de la estrategia económica en la pasada década, tuvo como principal propósito generar divisas a corto plazo para cimentar y desarrollar el resto del sistema económico cubano. Como consecuencia, a partir de 1994 tuvieron lugar cambios estructurales en el sistema empresarial turístico cubano, con la creación del Ministerio del Turismo (MINTUR). Inmersa en un proceso de diversificación del producto turístico cubano, la entidad no ha dejado desatendidas las relaciones turismo-cultura. Buena expresión de esta concepción ha sido el establecimiento de convenios y acuerdos de colaboración entre el MINTUR, el Ministerio de Cultura (MINCULT) y la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), que constituyen documentos de importante valor al analizar los vínculos entre turismo y cultura, los que podemos asociar también con el patrimonio cultural en las ciudades históricas. El dinamismo que caracteriza las relaciones turismo-cultura y las consecuencias que la

práctica del turismo imponen al patrimonio cultural de las ciudades históricas, nos ubican más allá de los requerimientos metodológicos de trabajo allí contenidos. Solo resta concentrarnos en las necesidades investigativas que surgen como consecuencia de la práctica del turismo en las ciudades históricas, y específicamente en el caso de estudio. Y también enumerar una serie de situaciones provocadas por la práctica del turismo en esta ciudad histórica: la sobresaturación del espacio de uso turístico, lo cual trae consigo estacionamientos mal ubicados que impiden una apreciación visual del patrimonio cultural; la violación de los límites, no claramente establecidos, de la capacidad de carga (en su dimensión física, acústica y perceptual); la existencia de distintos estados de ánimo en la comunidad anfitriona ante el desarrollo turístico y la insuficiente lectura del patrimonio cultural ciudadano, entre otros impactos adversos.

Acercarnos con una visión holística a los requerimientos investigativos que impone la práctica del turismo en las ciudades históricas cubanas, siempre desde posiciones multilaterales, constituye un requerimiento inaplazable. Ya es necesario conformar grupos de trabajo e investigación que aborden la problemática planteada desde disímiles puntos de vista. La utilización de técnicas y métodos de investigación de otras ciencias para el estudio del turismo se torna imprescindible. Su empleo arroja una detallada información sobre los procesos de inmigración y emigración poblacional como consecuencia del desarrollo turístico, los cambios en los patrones de la sociedad en la cultura local, las alteraciones en la psicología del vivir cotidiano y la pérdida de identidad cultural en las ciudades históricas, entre otras realidades.

Reconociendo la necesidad de ser más prolíficos en la cantidad de iniciativas generadas, que incluyan la dimensión sostenible del desarrollo en la ciudad histórica como solución a los problemas presentados, se precisa de un profundo estudio de las relaciones turismo-patrimonio cultural, una objetiva puesta en valor turístico de este, el empleo de los instrumentos de la gestión territorial y estratégica del turismo, el conocimiento relacionado con el control y la gestión de los flujos turísticos, un profundo proceso de capacitación de los agentes relacionados con la comercialización turística de tan complejos destinos, así como de aquellos especialistas culturales cuya labor se desempeña en un destino frecuentemente visitado por excursionistas y turistas. Todo, con el propósito de coadyuvar a la definición equilátera del triángulo que pretendemos conformar, cuyos vértices los componen el turismo, el patrimonio cultural y la población local.

Notas

1. La posición conceptual a la que se adscribe este trabajo concibe el turismo como un «fenómeno social que surge como consecuencia del grado de desarrollo que, en el transcurso del tiempo, ha adquirido la humanidad. Tiene sus orígenes en la industrialización progresiva, en las aglomeraciones urbanas y en la psicología del vivir cotidiano. Su evolución se ha visto ampliamente favorecida por el desarrollo de las comunicaciones y el transporte, por el aumento del nivel de vida de la sociedad, por la disponibilidad del tiempo libre y por la conquista paulatina de las vacaciones pagadas». (Miguel Ángel Acerenza, *Administración del turismo: conceptualización y organización*, Trillas, México, DF, 1994, p. 84.) El estudio del turismo será el acercamiento científico a la población fuera de su hábitat usual, a la industria como tal y a los impactos que ambos tienen entre sí, como lo asumen una serie de investigadores nucleados alrededor de la revista *Annals of Tourism Research*.
2. Véase José Antonio Donaire Benito, «La reconstrucción de los espacios turísticos. La geografía del turismo después del fordismo», *Revista Sociedade e Território*, n. 28, Ministerio de Cultura Portugal, 1998, pp. 2-34.
3. Citado por Francisco Jurdao Arrones, comp., *Los mitos del turismo*, Endymiión, Madrid, 1992, pp. 27-8.
4. Véase Dean McCannell, *The Tourist. A New Theory of the Leisure Class*, Schocken Books, Nueva York, 1976.
5. Véase Richard Butler, «The Concept of a Tourist Area Cycle of Evolution: Implications for the Management of Resources», *Canadian Geographer*, v. 24, n. 1, Montreal, 1988, pp. 5-12.
6. Véase Jafar Jafari, «La cientifización del turismo», *Estudios y perspectivas del turismo*, Centro de Investigaciones Turísticas (CISSET), v. 3, n. 1, Buenos Aires, 1994, pp. 7-36.
7. Véase Michael Hall y Simon McArthur, *Heritage Management in New Zealand and Australia*, Oxford University Press, Oxford, 1993; John Heeley, «Heritage and Tourism», *Heritage, Tourism and Leisure*, The Planning Exchange, Glasgow, 1989, pp. 3-20; Peter Fowler, «Heritage: A Post-Modernist Perspective», *Heritage Interpretation: The Natural and Built Environment*, Belhaven, Londres, 1989, pp. 57-64; Eric Cohen, «Authenticity and Commoditization in Tourism», *Annals of Tourism Research*, v. 15, Oxford, 1988, pp. 371-86; John Urry, *The Tourist Gaze: Leisure and Travel in Contemporary Society*, Sage, Londres, 1990; G. Llewellyn Watson y Joseph P. Kopachevsky, «Interpretations of Tourism as Commodity», *Annals of Tourism Research*, v. 21, Oxford, 1994, pp. 643-60.
8. Véase Francisco Jurdao Arrones, comp., ob. cit.; Emmanuel de Kadt, comp., *Turismo. ¿pasaporte al desarrollo?*, Endymiión, Madrid, 1991; Louis Turner Louis y John Ash, *La horda dorada*, Endymiión, Madrid, 1991; Aliston Mathieson y Geoffrey Wall, *Turismo: repercusiones económicas, físicas y sociales*, Trillas, México, 1990; Jeremy Boissevain, ed., *Coping with Tourist: European Reactions to Mass Tourism*, Providence, 1996; Phillip L. Pearce, *The Social Psychology of Tourism Behavior*, Pergamon, Nueva York, 1982; Agustín Santana Talavera, *Antropología y turismo: ¿nuevas hordas, viejas culturas?*, Ariel Antropología, Madrid, 1997; Valene L. Smith, ed., *Anfitriones e invitados*, Endymiión, Madrid, 1992; John Urry, *The Tourist Gaze. Leisure and Travel in Contemporary Societies*, Sage, Londres, 1990.
9. Véase Pedro Torres Moré, «El patrimonio histórico cultural y natural como factor de producción turística», en *Ciudad Virtual de Antropología y Arqueología* (www.naya.org.ar).
10. Véase Francisco Jurdao Arrones, ob. cit.

Hernán Venegas Marcelo

11. Alfredo Ascanio, «Mitos del turismo que perjudican al turismo», en *Ciudad Virtual de Antropología y Arqueología* (www.naya.org.ar).

12. Agustín Santana Talavera, ob. cit.

13. Véase Eugeni Osácar, «La gestión del patrimonio cultural para su uso turístico: el turismo cultural», *Gestión de los recursos patrimoniales*, material didáctico del máster en Gestión Turística para el Desarrollo Local y Regional, en CETT (www.cett.es), Universidad de Barcelona, España, 2004.

14. Nos adherimos a la posición conceptual que brinda el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios Históricos (ICOMOS) sobre patrimonio. Este último se entiende como los paisajes, sitios históricos, emplazamientos y entornos construidos, así como la biodiversidad, los grupos de objetos diversos, las tradiciones pasadas y presentes, y los conocimientos y experiencias. De igual forma, incluye los procesos extensos de evolución histórica, que constituyen la esencia misma de muy diversas identidades nacionales, regionales, locales, indígenas y son parte integrante de la vida moderna. Existen tres características de este concepto, relacionadas entre sí: la temporalidad, la significación y la relatividad. Todo patrimonio se encuentra acotado en el espacio y en el tiempo. En ese sentido, se podría hablar de distintos patrimonios: natural, histórico, cultural, de un país, de una región, de un continente, de una persona, de un grupo social o de la humanidad. Pero, además, el patrimonio no es inmutable, varía con el tiempo: nace, se desarrolla y muere. Muere la naturaleza viva, se transforma la inorgánica, mueren las creaciones del hombre, tanto las materiales (que el tiempo y la práctica turística destruyen) como las costumbres, las tradiciones, los valores, las creencias, las maneras de pensar, ser y sentir, que se transforman.

15. ICOMOS, Carta Internacional del Turismo Cultural. La Gestión del Turismo en Sitios con Patrimonio Significativo, en www.esicomos.org. Para una mayor argumentación del tratamiento dado al turismo y las ciudades históricas desde el punto de vista jurídico y normativo, véase Pilar Lobo Montero, «Turismo y ciudades históricas en los documentos de organizaciones internacionales», *Revista Patrimonio Histórico PH*, a. XIX, septiembre de 2001.

16. Véase Manuel de la Calle Vaquero y María García Hernández, «Ciudades históricas: patrimonio cultural y recurso turístico», *Ería*, n. 47, Departamento de Geografía Humana, Universidad de Oviedo, 1998, p. 249.

17. Ídem. Véase también Miguel A. Troitiño, «Turismo y desarrollo sostenible en ciudades históricas», *Ería*, n. 47, Departamento de Geografía Humana, Universidad de Oviedo, 1998, pp. 211-27. En relación con las implicaciones del turismo en Brujas, Salzburgo, Venecia y Florencia, véase Jan Van Der Borg, Paolo Costa y Giuseppe Gotti, «Tourism in European Heritage Cities», *Annals of Tourism Research*, v. 23, n. 1, Oxford, 1996, pp. 314-5.

18. A. Paolo Russo, «The Vicious Circle of Tourism Development in Heritage Cities», *Annals of Tourism Research*, v. 29, n. 1, Oxford, 2002, pp. 165-82.

19. Véase Trinidad y el turismo, Editorial Gente, La Habana, 1954, pp. 142-3.

© ~~TRINIDAD~~, 2005.